

UN DIOS — EN LA — TIERRA

SANTIAGO PÉREZ VISO



Título: Un dios en la Tierra

Primera edición: julio, 2026

© 2026, del texto Santiago Pérez Viso.

© 2026, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 3171-2026

ISBN: 979-13-88290-55-8

*A mi mujer, Dominika,
que siempre será mi mejor historia.*

MAPA DEL TREBONET



○ VESHARA

TIERRAS MUERTAS

TIERRAS EXTERIORES

MALEC

RÍO PANASIUR

○ CAPITAL

○ CAPITAL

CMIEL

BABIARZ

VALLE DEL PUSTELAK

CIUDADELA

MORGATH

BOSQUES CISOS

○ CAPITAL

PAZDAN

○ KRAGMUL

MAR BREO

TIERRAS EXTERIORES

TIERRAS MUERTAS

○ TESSKORA



Índice

El principio.....	11
Capítulo 1 Honor y sacrificio.....	13
Capítulo 2 Gralmur	31
Capítulo 3 Gorgun Walatir.....	61
Capítulo 4 Negra es la noche	89
Capítulo 5 Las Tierras Exteriores	111
Capítulo 6 Luces y sombras.....	133
Capítulo 7 Clanes, pactos y traiciones	157
Capítulo 8 Renacer	183
Capítulo 9 Revelaciones.....	195
Capítulo 10 Crevsmora.....	219
Capítulo 11 Destinos.....	235
El fin	265
Glosario	267

El principio

Al principio de los tiempos no había apenas vida, solo reductos de supervivientes que tozudamente hacían sus vidas en profundas cavernas.

Ignoraban qué había más allá de las puntiagudas montañas, aunque tampoco fuese algo que les preocupara. Los grupos nunca superaban las cien personas, porque la comida escaseaba y no era posible alimentar a más gente. En cuanto alguien dejaba de ser útil, se convertía en la cena del grupo: así podrían servir al bien común una vez más.

Un día, muchos de estos grupos se aventuraron al exterior. Un estruendo en el valle los había llamado. La tierra estaba furiosa. Escupió un fuego infernal que se extendió por las explanadas como un manto.

Las cuevas dejaron de ser seguras. Los grupos de supervivientes erraron por las áridas tierras sin rumbo ni destino hasta que se encontraron en la costa. Como ignoraban la existencia de otros semejantes, se sintieron amenazados por su presencia y se enfrentaron en una trifulca mortal de no haber sido por un ser de luz que se apareció entre ellos para guiarlos.

Estas criaturas errantes se sintieron en presencia de un ser divino que les devolvió un hogar. Los alimentó y les proporcionó un cobijo. Lo llamaron Gorgun Walatir, «ser de luz». Desde ese instante, se sintieron arrojados. Lo siguieron a través de desiertos y pantanos hacia tierras verdes rebosantes de vida. Allí se asentaron, formando una comunidad unida bajo su liderazgo.

Al cabo de un milenio, la población había aumentado de forma considerable y ya habían dejado atrás costumbres cavernícolas y prácticas anticuadas. Vivían en chozas, practicaban el cultivo y el ganado. Gracias a Gorgun Walatir, pudieron evolucionar.

Pero el territorio se había quedado demasiado pequeño para el gran número de habitantes y fueron muchos los que se asentaron en tierras vecinas.

Gorgun Walatir decidió aventurarse en el valle del Pustelak, donde levantó una ciudad de resplandor tan blanco como su luz.

Y así nació el Trebonet. Durante más de cuarenta milenios, el reinado de Gorgun Walatir se mantuvo inmutable, a pesar de las constantes amenazas de las Tierras Muertas. Pero un día, algo ocurrió que hizo tambalear los cimientos de su dominio para siempre y puso en peligro su supervivencia.

Capítulo 1

Honor y sacrificio

*Y así con todo, en su infinita sabiduría,
Gorgun Walatir dividió el Trebonet en
cuatro «demarcas» para cumplir con su deseo.
Pazdan proporciona seguridad y tecnología;
Malec, armaduras y pesca; Chmiel, industria y metales.
Morgath se encarga de abastecer a las «demarcas».*
—Etharai'thalan

I

En lo alto de una redondeada colina verde, decorada con una perfecta línea circular de altos veltris¹, descansaba una modesta casa de piedra y madera. El tejado lucía ajado y desatendido, cubierto con abundante paja llena de agujeros que no protegían de la corrosiva lluvia. Por suerte, la demarca² de Morgath no la sufría con excesiva frecuencia.

Zeo solía sentarse en lo alto del tejado para observar con atención desde la distancia cómo su padre cojo regaba la extensa plantación que

1 **Veltris:** Árbol espigado con hojas afiladas como cuchillas suaves. Su madera resiste las temperaturas extremas y es común en la construcción de refugios. En la cultura walati se lo considera un símbolo de eternidad.

2 **Demarca:** División territorial y administrativa del Trebonet. Cada demarca posee identidad cultural propia, límites reconocidos por Gorgun Walatir y está regida por un walat, autoridad máxima de su territorio. El Trebonet está conformado por cuatro demarcas: Malec, Morgath, Pazdan y Cmiel.

cubría varias hectáreas al sur de la colina.

Los continuos lloros de su hermana recién nacida distrajeron a Zeo. La descoordinación de sus piernas le hizo perder el equilibrio y cayó del tejado sobre un carro lleno de paja. El joven se recompuso, se peinó el cabello dorado y lanzó una sonora carcajada, mofándose del ajado tejado por haber conspirado contra él para tirarlo al suelo sin haberlo conseguido.

—Zeo... ¿Qué haces? Vete a ayudar a tu padre. Se está poniendo el sol. Ya sabes lo peligroso que es de noche. ¡Corre! —gritó Kyrataan desde la ventana, agitando con fuerza a su bebé, que gritaba desconsolada.

Zeo corrió al galope, utilizando los altillos de la colina para impulsarse mejor hasta que desapareció detrás de la línea de veltris.

—¿Dónde estabas, muchacho? El sol se está poniendo. ¡Agarra todos los orvenales³ que puedas, corre!

A Zeo se le borró la amplia sonrisa del rostro. Con un ligero movimiento de cuello obedeció. Darevonn llevaba varios orvenales entre los brazos, pero se le caían al suelo con cada zancada.

—No hay tiempo. Ocúpate de los tuyos.

Zeo corrió hacia el límite de la plantación y comenzó a clavarlos en el suelo. Con cada minuto que pasaba, el sol desaparecía más y más detrás de las montañas. Poco a poco, el cielo se tiñó de oscuro. El desolador silencio del que se disfrutaba en el valle se vio interrumpido por un inquietante rugido que provenía del interior del bosque. Un gravorn⁴ acechaba.

Darevonn colocó el último orvenal del lote y desenfundó su oxidada espada. Zeo reaccionó cogiendo los últimos dispositivos del suelo antes de dirigirse hacia el sector desprotegido.

Kyrataan lo presenció desde casa. Dejó al bebé en la cuna y abrió el armario de la cocina. Se agachó y extendió el brazo. Retiró una brakar⁵ que estaba escondida detrás de una falsa pared. Se levantó, cargó el arma y salió rauda de su casa en dirección a los árboles limítrofes.

3 **Orvenal:** Dispositivo de frontera utilizado para alimentar redes de defensa. Su cristal terminal absorbe y transforma energía del subsuelo, liberándola en forma de impulsos que refuerzan los límites del territorio.

4 **Gravorn:** Depredador de gran tamaño, envuelto en un pelaje que arrastra como una capa. Evita el día y duerme en cavernas profundas, bajo raíces torcidas. Sus ojos translúcidos no toleran el sol, por lo que caza bajo la luna o en tormentas densas.

5 **Brakar:** Arma de corto alcance y alta disrupción, equipada con cartuchos de dispersión múltiple. La brakar es común entre los cazadores por su capacidad para repeler criaturas que no responden a proyectiles comunes.

Los Thulgor eran conscientes de que cuando el último haz de luz se desvaneciera, el gravorn saldría de las sombras. Poco a poco asomaría más y más la cabeza. Darevonn dio varios pasos atrás.

Aunque el gravorn estaba relativamente lejos, Darevonn pudo distinguir dos vibrantes ojos de un color ámbar deslumbrante. La luz se apagó en el valle. Ya no quedaba tiempo. Enfundó la espada de nuevo y comenzó a trotar hacia la casa, muy a pesar de la cojera.

Un nuevo rugido lo aterrizó, sabedor de que él sería la presa más fácil. Zeo lo agarró del brazo. Se lo pasó por detrás de la espalda y soportó el tremendo peso de su padre.

El gravorn galopó tan fuerte como soplaba el viento.

—Déjame. Peso demasiado. Conecta los orvenales. ¡Rápido!

De un empujón, Darevonn le lanzó la llave magnética. Zeo corrió colina arriba. Pero un nuevo rugido le hizo frenar en seco. Se volvió horrorizado. Todo pasó demasiado rápido. La enorme bestia saltó de entre la oscuridad estirando las patas con la boca abierta, mostrando sus afilados colmillos en dirección a la cabeza de un Darevonn que ya se había rendido.

Como un susurro, Kyrataan pasó a la izquierda de Zeo. En lo que dura un latido apuntó la brakar al gravorn, que se encontraba a casi un metro de su marido. Se mordió el labio y apretó el gatillo. La bala alcanzó a la furiosa bestia en el cuello, que se dejó caer a escasos pasos de Darevonn debido al impacto.

—¡Vete a ayudar a tu padre! —Kyrataan abrió la mano y Zeo le pasó la llave magnética.

Darevonn recogió del suelo el único orvenal que no había logrado colocar y lo usó de apoyo. Se levantó a trompicones y comenzó a saltar sobre su pierna buena. Zeo lo agarró del brazo y cargó con él.

El animal se levantó, furioso y agitado. Clavó las zarpas en la tierra y bajó la cabeza en posición de ataque. De un zarpazo desgarró la pierna buena de Darevonn. Estiró el cuello y, con dificultad y dolor, le atrapó el tobillo con la boca y comenzó a arrastrarlo colina abajo.

Kyrataan abrió la caja de controles situada en un poste entre los veltris. Introdujo la llave magnética y la giró. El contador de energía se cargó por completo en unos pocos segundos y apretó el enorme botón que sobresalía del panel.

Todos los orvenales se encendieron instantáneamente, irradiando una potente luz blanca procedente de cada cápsula y que desorientó al gravorn. De un chispazo, nació una burbuja de cegadora luz blanca, cuyos largos y finos haces giraban entrelazándose unos con otros.

Los vibrantes ojos rojos del gravorn se empezaron a quemar. El animal los cerró y se recubrió el resto del cuerpo con el pelaje, pero no impidió que un lóbrego humo emergiera de sus cuencas mientras chillaba de dolor. La luz cegadora lo torturó y, con los ojos cerrados, se giró y cabalgó desapareciendo en la distancia.

Darevonn, con la mano sobre su sangrante tobillo, respiró tranquilo.

—Ya no tengo más piernas que perder, hijo. De la siguiente no me salvo.

Zeo no contestó. Cargó con él de vuelta a casa. Kyrataan, aún con la brakar en la mano, acudió al auxilio de su marido. Cerró la puerta y los acompañó a la cocina. Darevonn se sentó en su sillón con dificultad, mientras Zeo presionaba la profunda herida, que perdía sangre a raudales. Desenvainó su ajada espada y la posó sobre la chimenea, con la punta del filo sobre las ardientes llamas.

—Hijo... ¿Cuántas veces te he dicho que tienes que colocar los orvenales antes de ir a jugar? Esa bestia pudo haberme matado. O a ti. ¿Y tu madre? ¿Y tu hermana? ¿Cuándo vas a crecer?

—Lo siento, padre... Lo lamento de verdad, pero yo no quiero esta vida.

—¿Y qué esperas de la vida? Tú eres muy inteligente y sé que vales más que esto. Y me duele no poder darte más. Pero es lo que te ha tocado, así que asúmelo. A partir de ahora te levantarás al alba a ayudarme en la plantación.

—Pero, padre...

—¡Basta! En mis tiempos era un honor ayudar a mi padre. Así él supo ver lo que valgo. No seré más que un simple granjero, pero soy bueno, muy bueno. Nadie produce más comida que nosotros en el valle, aun con las adversidades que hemos tenido que superar. Tendrás que ser un granjero toda tu vida, pero no hay vergüenza en ello mientras honres a tu padre.

Kyrataan recogió la espada y, con cuidado, posó la ardiente punta sobre la herida de su marido, quien no pudo evitar gemir. Sus muecas

dejaron entrever el desgarrador dolor que estaba sufriendo.

Zeo se levantó, pero, en un súbito movimiento que asustó al joven, Darevonn lo agarró del brazo y tiró de él para que se inclinase.

—El honor no es una ambición, sino una obligación —susurró con dificultad.

Zeo frunció el ceño. Su sueño siempre había sido escapar de la granja y viajar a través de las demarcas. La que más le apetecía ver era Pazdan y su imponente defensa acristalada. Aunque sus padres siempre lo habían disuadido de perseguir tan perniciosa ambición, nunca nada le había hecho cambiar de opinión.

Zeo abrió la puerta y la cerró tras de sí. Recorrió todo el jardín sorteando la luz de los orvenales. Traspasó la línea de veltris y recogió del suelo el que se le había caído al suelo durante el ataque del gravorn. Lo levantó y, de un golpe seco, lo clavó en la tierra con el dedo hundido en el botón.

Se disponía a entrar en casa cuando el lejano bufido de un animal lo sobresaltó. En la distancia, entre el valle y el pueblo, una débil llama cruzó el paraje. Las herraduras produjeron un rítmico eco que se difuminó en la lejanía.

—Es una carroza walati. —Zeo se volvió, agitado y sorprendido, convencido de que su madre estaría enfurecida. Pero ella tenía los ojos fijos en la lejana llama, la cual siguió con la mirada—. Reconozco el ruido de esas ruedas. No hay nadie en la demarca con un carro así.

—Habrá venido por las provisiones, ¿no, madre?

—Entra en casa —ordenó Kyrataan.

Con una mueca de desacuerdo, Zeo obedeció.

II

La carroza walati se adentró en el pueblo sin aminorar la marcha. Las imponentes trelgas⁶ negras galoparon a través de las estrechas calles sin parar ante nada ni nadie. Aunque la noche estaba avanzando, la mayoría de los mercaderes ya se había echado a las calles para preparar sus puestos de venta. La competencia siempre había sido feroz; la compraventa era el modo de vida de la inmensa plebe de Morgath, y su precaria forma de vida había hecho de ellos gente sin escrúpulos.

Las bestias destrozaron todo a su paso, dejando las mercancías inservibles. Los que fueron capaces de salvaguardar sus productos se mofaron de los que lo perdieron todo ante el torbellino creado por la carroza. Sabían que, al tratarse de un walat⁷, no podían reclamar lo que habían perdido. El resentimiento los unió por primera vez en mucho tiempo. Unos apretaron los nudillos, otros desenvainaron sus espadas.

La carroza paró en seco. A través de la ventana, un guante blanco bañado en diamantes hizo gestos a los mercaderes para que se acercasen. Todos contemplaron, atónitos, la majestuosidad de las piedras preciosas que, con el movimiento de la muñeca, resplandecían bajo la luz de las antorchas.

Una vez los mercaderes rodearon la carroza, el brazo se introdujo dentro. La gente estaba expectante. Al cabo de unos segundos, una mano desnuda, sujetando el precioso guante, salió de entre las cortinas. Con un imperceptible chasquido de dedos, lo dejó caer al suelo. Nadie se movió. Las trelgas relincharon y la carroza continuó su trayecto hacia el castillo al final de la calle.

Los veinte mercaderes se miraron unos a otros, alertados. Una reliquia de semejante valor podría convertir a su dueño en uno de los más ricos de la demarca. Al unísono, todos entonaron gritos de guerra y se lanzaron en manada hacia la tan codiciada prenda. Empuñaron lo primero

⁶ **Trelga:** Criatura esbelta, con patas largas como columnas y pezuñas anchas que distribuyen el peso. Tiene una joroba fibrosa donde almacena energía. Aunque torpe en la batalla, es apreciado por su paciencia y resistencia extrema. La trelga ha sido domesticada por la gente de Doma Walatir, de donde es característica. Se la considera sagrada.

⁷ **Walat:** Regente vitalicio de demarca, designado por la victoria en el Nenhamen. El walat ejecuta la ley, mantiene la fe y organiza los ciclos de trabajo y tributo. Se le considera una extensión del mismísimo Gorgun Walatir, «dios en la Tierra».

que encontraron: palos, antorchas, vasijas.

El caos se apoderó de las calles. Sin piedad, tanto hombres como mujeres se atacaron entre ellos. No importaban las amistades ni los parentescos. Una oportunidad como esa no volvería a presentarse. La codicia los cegó. De veinte que comenzaron la trifulca, quedaron cinco: cuatro con espadas y solo uno con una antorcha en una mano y el témpano de una barrica en la otra como escudo. Formaron un círculo alrededor del guante. El mercader agitó la antorcha con un nerviosismo frenético, pero la llama se consumió. Temeroso, tiró sus armas al suelo y salió corriendo.

Los cuatro que quedaban apretaron con fuerza las empuñaduras de sus espadas y corrieron al centro del círculo. Cayó uno, echándose las manos a su degollado cuello. Trató de frenar el sangrado, pero se ahogó en su propia sangre. Dos de ellos se aliaron contra el tercero, que sorteaba y frenaba las embestidas con una destreza atípica de un mercader común, pero se vio superado en número. De una patada en el pecho, cayó hacia atrás. Desarmado y desamparado, no pudo hacer nada por evitar su final. Una espada atravesó su pecho. Murió al instante.

—Podemos compartirlo. Arrancamos los diamantes y nos los repartimos a partes iguales. Hay suficiente para vivir como walati el resto de nuestras vidas.

—Acepto.

Ambos tiraron sus espadas al suelo al mismo tiempo y chocaron las manos, símbolo de hermandad entre mercaderes: un contrato verbal sagrado que no se podía romper. Al darse la espalda, ambos sacaron de las mangas de sus chaquetas dos dagas diminutas. Pero uno fue más rápido que el otro y lo alcanzó en el ojo. El herido gritó de desesperación, con la daga tremolando hasta que cayó de rodillas.

El otro mercader se acuclilló. Lo agarró del pelo y le atravesó el cuello con la daga, lentamente. Se levantó, observando la masacre a su alrededor. Se le cayeron las lágrimas, pero no eran de pena ni culpa. Como caído del cielo, el final de todas sus penurias se encontraba en ese guante. Lo recogió del suelo y lo examinó con detenimiento. Su rostro se reflejó en los innumerables diamantes incrustados. Con una carcajada, se secó las lágrimas de felicidad.

—Gracias, hermanos. Mi familia no olvidará vuestro sacrificio —se mofó.

—¡Ni mi familia olvidará el tuyo!

Por la espalda, el mercader que antes había huido pasó la antorcha por delante del cuello de su rival y apretó. Con cada bocanada, el traidor, sorprendido, decaía en su acometida mientras su agresor se mantenía firme.

El forcejeo se alargó más de un minuto. El mercader se rindió a su destino. Sus brazos se desplomaron y sus piernas dejaron de luchar. El ganador de la disputa tiró el cuerpo sin vida de su compañero a un lado y recogió el guante. Miró a su alrededor, temeroso de caer en la misma trampa, pero la calle estaba vacía. Resopló, aliviado. Abrió la mano, el guante estaba manchado en sangre. Lo restregó contra su sucia camisa, pero la sangre emborronó el preciado premio todavía más. Se arrodilló, con la cabeza gacha, y susurró una oración por todos aquellos que habían perecido.

Unos aplausos interrumpieron su plegaria. Se giró sobre sí mismo. El Recto avanzó hacia él, con una amplia sonrisa en su rostro. El mercader, todavía en estado de *shock*, no supo cómo reaccionar.

—Bravo, hijo mío. Gorgun Walatir⁸ aplaude tu resolución. ¿Tiene nombre el valiente guerrero?

—Tharzug, su eminencia.

—Tharzug, me temo que nuestra majestad ha extraviado su guante. Gracias por recogerlo para él.

Tharzug quedó atónito. Miró una vez más a su alrededor, contemplando la carnicería. La justificación de aquella matanza se desvaneció. Apretó los dientes, reticente a rendir lo único que podía darle un poco de paz.

Gorgun Walatir era un dios entre mortales, bendecido con innumerables riquezas. Era un fantasma, una aparición cada muchos años. Se decía que era inmortal y que la edad no podía alcanzarlo. Solo el Recto, su mano derecha, y los walati tenían el honor de estar en su presencia.

⁸ **Gorgun Walatir o «dios en la Tierra»:** Es el regente absoluto del Trebonet (Tierras Vivas). Su identidad es secreta y es sujeto de incontables leyendas. Se cree que es inmortal y omnipresente. Aunque nadie le ha visto el rostro, se especula que su apariencia es hermosa y para nada parecida a la de sus súbditos.

—Con todos sus respetos, su eminencia, pero Gorgun Walatir no extravió su guante. Nos obsequió con él.

—¿Me estás llamando mentiroso, mercader?

—Nunca me atrevería, su eminencia. Pero nos hemos matado los unos a los otros por este guante.

—Su majestad le tiene apego a su guante. Y ahora tú tienes el privilegio de devolvérselo. Gorgun Walatir sabrá el nombre del valiente que rescató su tan amada posesión de las codiciosas garras de un grupo de mercaderes, que no dudarían en profanar algo sagrado para después venderlo. Su majestad no puede permitirlo.

El Recto extendió la mano. Tharzug no tuvo más opción que hacer lo que se le ordenaba. El Recto se dio media vuelta y caminó hacia la carroza walati. El viento silbaba con fuerza. Cerró los ojos, disfrutando de la melodía que lo rodeaba. Nunca trató de esconder el regocijo que le producía sus muestras de poder. Nadie en las demarcas se atrevería a plantarle cara.

—Deberías mostrar más gratitud, mercader. Gorgun Walatir ha eliminado toda tu competencia. Ahora, todas las transacciones de este pueblo pasarán por tu puesto de mercado.

—¡Qué puesto! ¡No ha quedado nada en pie!

El Recto dejó caer al suelo una bolsa pequeña de tela y continuó su trayecto sin mirar atrás. Tharzug cogió la bolsa con diecinueve monedas de bronce: una por cada mercader. No era suficiente para mantener a una familia durante más de una estación.

El Recto entró en la carroza. Los relinchos de las trelgas resonaron en todo el pueblo, que guardó un respetuoso silencio por aquellos que habían muerto en vano.

Lo que los aldeanos ignoraban era que su deidad ni tan siquiera había estado dentro de la carroza. La escena había sido para disfrute de la mano derecha de Gorgun Walatir, quien realizaba un viaje privado acompañado del científico walati Kirotax, quien desaprobó la gratuita masacre.

—Son animales, mi querido Kirotax. En las demarcas no hay más que carne de los depredadores de los bosques Ciegos. Son insignificantes.

—Creí que procedíais de esa misma demarca, mi señor —contestó Kirotax en tono jocoso.

El Recto le dedicó un silencio ensordecedor y una mirada retadora.

Los guardias alertaron de la llegada de la carroza al pequeño castillo de piedra, hogar y oficina del *walat* de Morgath, y abrieron el gigantesco portón de madera. Tarikael lucía inquieto. Había presenciado desde el balcón de sus aposentos la horrible pelea que quiso —pero que no pudo— parar. Se vistió con premura y abandonó sus aposentos.

Tarikael llegó a su trono y se sentó en él, impaciente pero temeroso.

—Señoría, ya están aquí.

Con la mano, Tarikael indicó a sus guardias que abriesen las puertas. Los rostros de decepción de los presentes fueron latentes al ver al Recto y no a Gorgun Walatir aproximarse al trono. Tarikael se levantó y se inclinó hacia delante, una reverencia en señal de respeto y sumisión que debía mantener hasta que el Recto le permitiese erguirse. El Recto se detuvo a los pies de las escaleras al trono. Esperó un rato, lo suficiente para humillar a Tarikael.

—Es suficiente adulación por hoy, *walat* Tarikael.

—Mis disculpas, su eminencia.

Tarikael se irguió. El Recto comenzó a caminar entre las columnas de la habitación del trono. El *walat* lo siguió.

—Eminencia, ha llegado a mis oídos la trifulca que ha tenido lugar...

—Una desgracia tremenda. —El Recto le cortó, tajante—. Un completo malentendido. La chusma es muy impresionable.

—Diecinueve de mis súbditos han muerto esta noche, su eminencia.

—Y más que van a morir, me temo. Gorgun Walatir está preocupado. Duda de tus dotes de liderazgo, *walat* Tarikael. Al ver que los vastos campos estaban infecundos, sus temores se hicieron realidad. Las demarcas se enfrentan a una hambruna sin precedentes.

Morgath siempre había pagado su tributo el primer día de cada nueva estación, sin excepciones. Como *walat*, Tarikael siempre se había asegurado de que su demarca fuese la más ejemplar del Trebonet⁹. Sin embargo, las últimas cosechas habían sido escasas, un problema que no pasó desapercibido en Doma Walatir, la ciudad escondida y hogar de Gorgun Walatir.

—Su eminencia, hacemos todo lo posible por cumplir los plazos. —Tarikael se humilló arrodillándose—. Hace incontables estaciones que no

⁹ **Trebonet:** Nombre que se le atribuye a las Tierras Vivas, el territorio regentado por Gorgun Walatir. Se divide en cuatro demarcas: Chmiel, Pazdan, Morgath y Malec.

hemos sido bendecidos con lluvia fértil. El agua que cae del cielo está infectada. Le hemos rezado a Gorgun Walatir, pero la sequía continúa. Y, por si fuera poco, los continuos ataques de los gravornes han destruido nuestras cosechas...

—Gorgun Walatir es muy paciente. El Tratado del Trebonet está basado en una lealtad incuestionable. Si uno de los ensamblajes de esta intrincada maquinaria se rompe, la sociedad que tantos siglos nos ha costado mantener dejará de funcionar. La inestabilidad lleva al caos. Hace 40.075 años, Gorgun Walatir nos liberó a todos y nos dio un futuro. Y tu pésima aportación pone en peligro ese regalo.

»Está claro que has resultado ser un fracaso en tus funciones —continuó el Recto—, y tu miserable aportación representará un oscuro capítulo en la historia de Morgath que jamás será borrado. Pero Gorgun Walatir es magnánimo. Doma Walatir os proporcionará una guarnición de sus mejores soldados para dar caza a esas bestias que tantos quebraderos de cabeza nos han dado. Mientras tanto, la producción debe incrementarse de forma considerable al final de la presente estación. Fallad y vuestra familia quedará marcada por este fracaso para la eternidad.

—¡Gracias! ¡Oh, su eminencia!

—Mi querido Kirotax, la mente más brillante del Trebonet se quedará supervisando la producción. Tal vez haya algo que pueda hacer para mejorar tu trabajo.

Sin añadir nada más, el Recto dio media vuelta y abandonó la habitación del trono. Kirotax dio un paso al frente, esperando una reacción del walat.

La empresa que debían llevar a cabo era una tarea casi imposible. La estación terminaba en cinco semanas, la lluvia fértil seguía sin caer y una guarnición de soldados no era suficiente para exterminar la plaga que asolaba Morgath.

Pasaron las semanas y la hambruna no amainó. El malestar general debido a los actos del Recto se trasladó a Tarikael. El walat de Morgath se mantuvo distante en su castillo mientras Kirotax se ocupó de la supervisión de la construcción de los nuevos sistemas de riego. Pensó que, con el

tiempo, la gente de Morgath lo trataría como uno más tras todos los avances que proponía, pero su vínculo con el Recto jugó en su contra.

Estaba continuamente vigilado por la guardia privada de Tarikael, algo que tuvo que aceptar resignado. Al final de cada semana, Kirotax mantenía entrevistas privadas con Tarikael, en las cuales exponía sus escasos avances y sus continuos contratiempos. Tras semanas de infértiles reuniones, Kirotax se atrevió a preguntar el motivo de la constante fatiga de Tarikael.

—Mi ignorante científico, tan inteligente como eres y no puedes comprender a la chusma. Nos odian. El numerito de tu querido Recto ha terminado por enojar a la gente. No hay nada que podamos hacer...

—Tal vez... —comenzó Kirotax—... necesitan un cierre del duelo. Al fin y al cabo, no han tenido oportunidad de enterrar a sus familiares con dignidad. ¿No existe tal tradición en Morgath?

—No —se resignó Tarikael. Pronto le cambió el semblante—. Aunque existe una que es walati. Podemos hacer una excepción en nombre de los fallecidos. No es mala idea, Kirotax. ¡Convoquemos el Lloro General!

III

La profunda oscuridad de la noche estremecía hasta al más valiente. Los Thulgor se disponían a cenar bajo el cobijo de su cabaña, cuando una luz lejana llamó la atención de Zeo.

—¡Madre, mira! —Zeo apuntó con el dedo.

Procedente de la torre más alta del castillo, una humareda roja invadió el negro manto de la noche. Darevonn se acercó a la ventana.

Sus padres se miraron mutuamente. El Lloro General era una herramienta utilizada para alertar a la población de que su walat o alguien allegado a su familia había fallecido, avisando con urgencia a todos los habitantes de Morgath para que asistieran al funeral.

El valle se iluminó de repente. Todas las casitas de piedra encendieron sus luces. Aún faltaban ocho largas horas para la salida del sol, pero ese día comenzaría temprano para todos.

Kyrataan se dirigió a la caja de controles y levantó la tapa. Movié la

clavija del reloj hacia la derecha y la presionó. El reloj empezó un minuto de cuenta atrás. Acto seguido, movió la pequeña palanca hacia arriba, aumentando la potencia de los orvenales. Cerró la caja y corrió al carro.

Darevonn sacudió las riendas con fuerza y la trelga comenzó a trotar. Salió de entre la línea de veltris y, lentamente, bajó la colina. Pasado el minuto, los orvenales empezaron a irradiar una luz todavía más fuerte. De las cápsulas surgieron unos haces que, de forma caótica, se entrelazaron entre sí. La energía funcionó de barrera, de tal modo que ningún ser vivo podría cruzar.

Este era un recurso utilizado solo en caso de emergencia: la cantidad de energía que consumía era tal que la casa se quedaba sin electricidad durante un día entero, a veces dos, dependiendo de la luz solar. Los Thulgor tenían cerca de diez horas para ir y volver antes de que la energía se consumiese por completo.

El pueblo estaba abarrotado. En pocas horas habían llegado los granjeros que vivían en los parajes más lejanos de Morgath. Cada granjero y mercader de la demarca llevaba consigo una bandeja de tributos para la familia del fallecido, como dictaba la tradición.

Desde el balcón, el walat lucía sus ropajes negros, símbolo de luto. Kirotax, sin embargo, había optado por acercarse a la gente de Morgath para aprender de ellos. Su mente curiosa siempre había tenido hambre de nuevos conocimientos. Ignoraba el proceder de los pueblos de las demarcas y sus costumbres.

El walat levantó las manos, instando al silencio entre la multitud.

—¡Ciudadanos de Morgath! Imploro vuestra fuerza. Uníos a nosotros en oración, en honor a nuestros hermanos y hermanas que perdieron sus vidas en un desafortunado accidente.

Todas las familias de Morgath se apelotonaron ante las puertas del castillo como un rebaño de ovejas sin pastor.

—Vamos a comenzar con la ofrenda. Las familias de los caídos: ¡acompañadnos dentro! —gritó uno de los guardias.

La plebe calló al instante y todos se movieron a un lado para dejar pasar a los que habían sido llamados. Un grupo de unos cincuenta hombres,

mujeres y niños caminaron hacia las puertas del castillo, cabizbajos y afligidos.

—Al tratarse de un evento extraordinario, y por orden del walat, solo los niños están autorizados a entregar las ofrendas para evitar aglomeraciones. ¡Dad un paso al frente y formad una fila aquí mismo! —El guardia levantó la mano.

Zeo, a regañadientes, cogió la cesta con las ofrendas. Darevonn le propinó una cariñosa colleja en la nuca, mientras Kyrataan arreglaba la chaqueta de su hijo para que causase la mejor impresión posible ante el walat. Le dio un beso en la mejilla, pero Zeo dio un paso hacia atrás, abochornado.

—No nos hagas quedar mal enfrente del walat. Recuerda, el honor no es una ambición...

—... sino una obligación. Me acuerdo, padre.

Ambos se abrazaron. Zeo se colocó en la fila, a la que se seguían incorporando niños de todas las edades. Avanzaron despacio. Frente al gran portón de madera, las familias de los fallecidos recibieron a los niños. Los más pequeños posaban sus cestas a los pies de los viudos y huérfanos y se despedían con abrazos. Los mayores lucían incómodos, deseosos de dejar sus cestas y, con una simple reverencia, marcharse con paso acelerado.

Llegó el turno de Zeo. A diferencia del resto de los niños, una vez puso su cesta enfrente de las familias, se dirigió a ellos con abrazos y apretones de manos. De uno en uno, les dedicó su más sincero pésame.

Kirotax, que presencié la escena desde una distancia segura, se quedó maravillado ante el aspecto angelical de Zeo: piel blanquecina, ojos azules y cabello rubio. Su aspecto rígido y atlético distaba bastante de la forma tosca y achatada del resto. Kirotax creyó estar ante una oportunidad única para volver a palacio y entre honores.

Zeó se irguió y caminó hacia el centro del patio.

Tras largas horas de conversaciones y transacciones, Darevonn volvió al carro, mientras Zeo terminaba de llenar las últimas ánforas de agua. El sol estaba alto en el cielo, pero los Thulgor necesitaban volver a casa rápido antes de que la energía de los orvenales se agotase. Precisaban recargar

las baterías antes de que llegase la noche. Kyrataan estaba ya impaciente, el bebé no dejaba de llorar.

Al llegar a lo alto de la colina, los Thulgor vieron que los orvenales ya habían agotado su energía. Zeo saltó del carro y los fue recogiendo uno a uno. Kyrataan entró en casa y posó al bebé en su cuna. Salió de nuevo a ayudar a su marido a descargar las ánforas. Habían perdido mucho tiempo.

Los relinchos de unas trelgas acercándose colina arriba los distrajo de sus tareas. Al reconocer el carruaje, Darevonn corrió hacia su familia, sin importarle su amarga cojera.

Kirotax salió de la carroza de un poderoso salto que denotaba una recién nacida seguridad en sí mismo. Se colocó su capa y caminó con paso firme hacia Darevonn. Le tendió la mano y este, ojiplático, le correspondió.

—Me llamo Kirotax. Soy el científico walati de Doma Walatir. Su mismísima majestad Gorgun Walatir me ha enviado para crear un sistema de riego canalizado que dote de agua reciclada a las colinas colindantes.

El semblante de Darevonn cambió por completo.

—Grande sea Gorgun Walatir...

—Su majestad es magnánima. Son tantas las penurias que atizan el Trebonet que nos ha sido imposible atender tan acuciante problema.

—¿Qué puede ser más importante que la cosecha que abastece a todo el Trebonet? —interrumpió Zeo.

Kyrataan tiró de él hacia atrás, pero Kirotax no hizo esperar su respuesta.

—Es una pregunta muy válida, joven. Mientras hablamos, el ejército walati está en plena campaña de defensa contra los pueblos de las Tierras Exteriores, que no dejan de acosar nuestras ciudadelas limítrofes. La amenaza de los Norin Venn Veshara¹⁰ es constante.

—No tiene que darnos explicaciones... —se excusó Kyrataan por la acritud de su hijo—. Estamos agradecidos a Gorgun Walatir por este regalo.

Kirotax carraspeó.

¹⁰ **Norin Venn Veshara o «pueblo de las Tierras Exteriores»:** Pueblo al margen del Trebonet. Sus habitantes son toscos y peludos, de espalda encorvada y pies tan flexibles como manos. La barbilla termina en un cuerno afilado y la boca es redonda, poblada de diminutos colmillos afilados. Son rápidos y ágiles. Siempre se mueven en grupos.

—Me temo que no es tan simple. Su majestad me ha otorgado el poder para transmitir su petición.

—¿Una petición de su majestad? Por supuesto. —Darevonn y Kyrataan agacharon la cabeza, humillados.

—Aquí no. Tal vez estemos más cómodos adentro.

Los Thulgor se apresuraron hacia el interior de la casa. Kyrataan recogió los cazos y ropa sucia que poblaban la cocina, mientras Darevonn colocaba los sillones del salón. Kirotax entró y no escondió su desdén hacia la humilde casa de los Thulgor. Mirase donde mirase, veía desperfectos que él nunca pasaría por alto: los muebles arañados, los cristales de las ventanas rotos, los agujeros del tejado, los cubos en el suelo para contener las goteras de una lluvia que nunca llegaba...

—Debo comentarles... He asistido al Lloro General, una costumbre honorable, he de añadir. —Kirotax se acomodó en su butaca—. De todos los asistentes, su hijo destacó por encima del resto. Sus rasgos corporales son tan distantes de la gente de Morgath... Diría incluso que pertenece a otra especie...

Los Thulgor se miraron a los ojos por un segundo, en alerta.

—Disculpen mi insolencia, es mi curiosidad de científico. Una anomalía así no debería haber sido pasada por alto por el walat Tarikael.

—El parto... —Kyrataan carraspeó—. No estuvo exento de complicaciones. Los médicos achacan su deformidad a su complejo nacimiento.

—He de decirle, mi querida Kyrataan, que su hijo es un hallazgo. Gorgun Walatir querrá conocerlo.

—¿Su majestad? ¿Aquí?

—¡Oh, no! Su majestad jamás abandonaría Doma Walatir más que para su retiro. No... Zeo tendría que venir a palacio.

Zeo escuchó toda la conversación sentado en el suelo, apoyado contra la cuna de su hermana. Su respiración entrecortada se vio relajada cuando su madre posó su mano sobre su dorado pelo. Kyrataan negó con la cabeza, pero su marido lo estaba considerando seriamente.

—¿Cuándo? —susurró la madre.

—Esta noche —contestó Kirotax—. Pero no se alteren. He de ir a palacio para informar de la precaria situación en la que se encuentra Morgath. Tengo un proyecto de construcción que necesita de medios y

materiales. Es imperativa una audición con su majestad. La situación es peor de lo que había calculado. Volveremos lo antes posible con personal y materiales. Tranquilos, yo cuidaré de Zeo.

—¿Y si nos negamos? —se entrometió Zeo.

—Las campañas contra los Norin Venn Veshara están siendo muy costosas. Será complicado cambiar la voluntad de su majestad Gorgun Walatir sin el impulso adecuado...

En los hombros de Zeo descansaba el destino de toda la familia. Su padre podría por fin trabajar en su plantación con agua abundante para regar y sin la constante amenaza de los gravornes, siempre atentos y acechando desde lo más profundo del bosque.

—Está bien, lo haré.

Zeo se levantó de un salto. Su padre sonrió, pero su madre cerró los ojos y rezó a Gorgun Walatir, suplicando piedad por su hijo. Zeo se volvió hacia sus padres y los abrazó con fuerza.

—¿Volveremos pronto?

—En cuanto su majestad apruebe la obra. Es demasiado necesaria, no se prolongará en el tiempo. Es sin duda un honor único. Nadie en las demarcas ha tenido la posibilidad de conocer a su majestad en carne y hueso.

La cabaña se sumió en un profundo silencio, roto únicamente por los lloros del bebé.

—Tiene un bebé precioso. ¿Cómo se llama? —Kirotax se acercó a la cuna.

—Todavía no tiene nombre. Zeo, haz el honor de nombrar a tu hermana antes de marcharte.

—Almeida, como la abuela.

Sus padres sonrieron orgullosos de su hijo y del sacrificio que suponía para él.

—Hijo... ¿estás seguro? —Darevonn le puso la mano en el hombro.

—El honor no es una ambición, sino una obligación.

Darevonn lo abrazó con fuerza. Zeo pudo observar cómo una solitaria lágrima recorría el rostro de su padre. Este empujó a su hijo y se frotó los ojos.

Kirotax indicó a los guardias que acompañasen a Zeo a la carroza.

Hizo ademán de ir tras ellos, pero esperó lo suficiente para quedarse a solas con los Thulgor.

—Es fascinante cómo uno encuentra lo que lleva años buscando justo cuando decide rendirse...

—¿Qué quiere decir?

—No soy estúpido, Thulgor. Soy el alumno más aventajado de Serinthal. —Al escuchar ese nombre, la piel de Kyrataan se erizó—. Lo sabía... Ella confió en ti. ¿Por qué? Lo ignoro y, con toda honestidad, no me podría importar menos. Lo único que cuenta es que Zeo ya está a salvo de ella.

—¿Por qué deberíamos confiar en ti? —arremetió Darevonn.

—Porque Serinthal también confía en mí. Sé que tarde o temprano regresará. Y el chico debe estar preparado.

Capítulo 2

Gralmur

*La Penuria se cebó con todas las criaturas de la Primera Era.
El hombre se salvó, pero apenas. Evolucionó y se adaptó.
Muchos fueron los que se quedaron atrás.
El fin de la Primera Era marcó el destino de muchos,
pero también nació vida de ella:
Los gralmuri y los durzouoni.
—Etharai'thalan*

I

El puerto pesquero de Manh marcaba el límite este de la demarca Malec, al norte del Trebonet. El olor a salitre era el perfume dominante en el aire, a menudo viciado por el fuerte hedor del combustible de los barcos pesqueros.

Cuando el mar estaba perezoso era fácil pescar. Los marineros traían a casa centenares de kilos de pescado. Sin embargo, cuando se enfadaba, golpeaba sus duras olas contra las rocas del cantil y arrastraba consigo un nuevo cuerpo sin vida. Antes de la salida del sol, los marineros embarcaban en sus pequeños barcos pesqueros sin saber cómo los trataría el mar.

La vida en la capital estaba dedicada en exclusiva a la pesca masiva para cumplir con las expectativas del walat de Malec, de nombre Bajek.

Bajek tenía dos hijos: Gierak y Kuzrak. Gierak era el hijo menor. Avisado y hábil con la espada, disfrutaba ayudando a su padre a acometer sus tareas diarias. La salud del walat era cada día más frágil y Gierak aceptaba con júbilo la responsabilidad de suplir a su padre, sobre todo a la hora de la toma de decisiones.

La elección del walat en la demarca de Malec se llevaba a cabo mediante una serie de pruebas de ingenio y fuerza bruta llamada Nenhamen¹¹. Gierak se había preparado toda su vida para enfrentarse a quien osase presentarse al cargo. Y el hecho de que su hermano no tuviese interés en política calmaba su corazón, pues solo el elegido walat saldría del Nenhamen con vida.

Kuzrak no podía ser más opuesto a su hermano menor. El primogénito del walat huía de las responsabilidades del castillo. En vez de curtirse como hábil guerrero y aprender de la filosofía de sus tutores, Kuzrak era feliz con su vida simple y humilde en los muelles del puerto de Manh. Vivía en una cabaña de piedra con el tejado de paja, muy común entre la plebe de Malec, con la compañía de su fiel migut¹², Tambor. Kuzrak lo amaba, pues era una especie que escaseaba en la demarca. Nunca se despegaba de su amo y jugaba colgándose de los balcones y saltando de casa en casa.

Kuzrak satisfacía su aburrimiento explorando los muelles en busca de objetos que vender en el mercado de Pazdan. Unos valían su peso en monedas de bronce. Otros, sin embargo, eran de tal rareza que Kuzrak se aferraba a ellos.

El día que marcaría un antes y un después en su historia comenzó antes de la salida del sol. Tambor estaba esperando ya a su dueño contra la columna central que sostenía la pequeña cabaña. Meneando sus tres colas, ansioso por comer, gruñía y arañaba el suelo de piedra, impaciente. Kuzrak hizo caso del migut y agarró un trozo de carne, que tiró en el cuenco. La carne ya estaba pasada y olía mal, pero no pareció importarle al sabueso, que devoró la comida con su boca triangular sin apenas masticarla. Tambor, al igual que su dueño, estaba ya acostumbrado a comer

11 **Nenhamen:** Conjunto de pruebas que enfrentan a dos contendientes por el puesto de walat. Es un enfrentamiento a vida o muerte que consiste en dos pruebas: una de ingenio y estrategia y la segunda de lucha física.

12 **Migut:** Criatura cuadrúpeda de cuerpo ágil y pelaje espeso, reconocible por sus tres colas y tres colmillos cilíndricos, largos y afilados, que sobresalen de la mandíbula. Son conocidos por su comportamiento afectuoso hacia sus cuidadores, a quienes protegen con ferocidad casi instintiva.